
CULEBRÓN

Negra y consentida.

JAMES ELLROY

Ola de crímenes, 1999

Tin marín dadón piringüé, cucaramaca titirifué. Todos los perros piden perdón, menos el tuyo, ¡perro cagón!

POPULAR VENEZOLANA

2x01

El dicho era casi una amenaza: no te interpongas entre una actriz venezolana y su sueño, o por lo menos no la despiertes... Y Dulce/Barbarita era actriz de la cabeza a los pies. De las obstinadas. Veinte añitos. Aroma de café con leche. Venezolana.

Al llegar a Caracas le pareció que El Ávila era más ligero y flotante de lo que había soñado, como si el cielo lo difuminara con un poco de azul. Se instaló de espaldas a la montaña, en una habitación cuyas paredes iban mudando la piel sin que el propietario se molestara en arreglarlas. El armario se abría hasta donde lo permitía el colchón hundido de la cama. Pero era lo que Dulce/Barbarita deseaba. Que la habitación la echara a la calle.

Salir de casa.

Entrar en la ciudad.

Tras anunciar una crema antienvjecimiento y lucir tanga azul para una sesión de Polar (aunque ella era más de Regional) consiguió unos senos nuevos. Esto fue en octubre, mientras *Veneno y miel* alcanzaba el capítulo 200. Al regresarse al pueblo para no disgustar a su madre en fechas navideñas, se encontró que tanto primos como vecinos se pasaban a felicitarla.

—¿Tetas nuevas?

—No —respondía—. Hasta la treinta y cuatro son las viejas. De ahí hasta la cuarenta son las nuevas.

—Esa lengua, Dulce María...

Pero esa lengua era la que la llevaba a todas partes. Y ahora la talla cuarenta iba a ayudar. El doctor Maier había hecho un buen trabajo. En la primera cita la había estudiado sin tocarle un pelo.

—¿Para televisión?

—Sí.

—Okey. Pondremos una cuarenta.

Y luego, mientras la examinaba de cerca, el doctor Maier sugirió:

—Tienes el lóbulo de cada oreja distinto. Te puedo hacer un cortecito aquí y aquí para igualarlos.

—Esta es la de mi mamá y esta la de mi papá —como si hiciera un doble truco de magia Dulce/Barbarita se pellizcó ambas orejas—. Se quedan así, doctor.

Aquella asimetría no era un defecto que ignorara. De niña había jugado con un espejito que su padre usaba para afeitarse, y que luego dejó allí, al abandonarlas. Su padre quería encontrar un buen trabajo. Lo encontró en otro lugar. Y también encontró una nueva familia. De modo que los restos de su padre en casa eran contadísimos: unos pantalones doblados, ese espejito picado, unas fotos de 1970, la mirada atontada de su madre al rescatarlas del sobre donde las guardaba... Y el lóbulo izquierdo, claro.

Por lo demás Dulce/Barbarita era hija de su madre.

—Doctor, quisiera también un retoque en la nariz. De su madre.

—Sí —dijo él—. Desarmoniza tu perfil suave.

Le dieron cita y pagó para que el doctor obrara. De esta forma desapareció Dulce María y nació, definitivamente, Dulce/Barbarita. Con unos senos más redondos, el puente nasal pulido y el acento gocho limado hasta reducirlo a un eco lejano e indistinguible detrás de las montañas. Ya en Caracas, Dulce/Barbarita no iba a permitir burlas sobre sus orígenes andinos.

Ni en broma.

Ya lo dice el chiste.

¿Por qué las gochas entran al centro comercial de puntillas?

...

Porque no admiten talones.

...

No quería chistes.

Quería talones.

...

Y entrar a todas partes pisando la alfombra roja.

2x02

Nuevo look. Se miraba en los espejos y, la verdad, se gustaba. De pronto sus recorridos por Caracas se llenaron de espejos dispuestos uno detrás de otro para que no se perdiera de vista. Se maquilló en baños públicos minutos antes de actuar en comerciales

de talleres mecánicos 24h, hoteles, un refresco de tamarindo gaseado... Se reflejó en casi todos los grandes edificios y en las fuentes en las que se estuvo a descansar. Acudió en taxi a una larga lista de cástings: se sentaba de modo que el retrovisor encuadrara sus ojos y no al chofer. No era narcisismo. Pretendía tomar conciencia, en todo momento, de sus gestos. Verse desde fuera como si saliera en televisión. Y autocorregirse.

Por fin, en mayo le propusieron un papel.

¡En *Veneno y miel!*

Casi llora cuando le anunciaron que iba a interpretar a Barbarita.

Llamó a su madre para darle la noticia y entonces sí que lloraron como niñas. *Veneno y miel* era la telenovela que nadie se perdía. Lo demostraba el hecho de que en las peluquerías pidieran el corte señalando los brillos del cuché de las páginas de la *Ronda*; o que la sintonía (*Veneno son tus ojos*) sonara en los celulares e interrumpiera sesiones de cine. Por lo visto, todo chico que se pareciera a César Augusto o a Aníbal (tan guapos y tan buenos) tenía flirteos asegurados.

Cuando su madre recuperó la voz, dijo:

—¿Pero le dan el papel de Barbarita porque Estela Montiel está enferma?

—Mamita. No le puedo contar. Firmé una cláusula de confidencialidad. Pronto lo verá.

—¿Pero le pasó algo malo a Estela Montiel?

—Está enterita.

—Me alegro, hija. Seguro que lo hará mejor que ella. Estoy tan orgullosa.

Escuchar a su madre emocionada le hacía difícil morderse la lengua, pero el contrato era tajante en cuanto a revelar los rumbos y secretos de los personajes de *Veneno y miel*. Más aún cuando lo sorprendente era que iba a interpretar a un personaje que ya figuraba en el serial y que, por supuesto, ya contaba con una actriz para darle vida.

Existía una buena razón para ello.

El personaje de Barbarita Meneses (que hasta entonces interpretaba Estela Montiel) había desaparecido a los diez años cuando su avioneta se estrelló al otro lado del Cuyuní. La familia Meneses (poseedora de una gran hacienda y unas bodegas) la había buscado durante años. Sin éxito. Barbarita, amnésica y perdida (y única superviviente), había sido rescatada a los pocos días del accidente por un cura de la Liberación que malvivía en un poblado secuestrado por la selva. La adoptó por soledad. O porque la niña le recordaba a la hermana melliza que una meningitis le había robado a los siete años. Se encargó de que Barbarita (él la llamaba Teresa) viviera entre mentiras junto a él. Pero tan pronto

cómo Barbarita descubrió, por boca del propio cura borracho y arrepentido, su verdadero origen, se dispuso a volver al hogar y reencontrarse con los suyos. Pese a los quince años transcurridos.

Hacia el capítulo 180, Barbarita (la Barbarita interpretada por Estela Montiel) entró en escena y conmocionó la hacienda de los Meneses aunque no tanto como a los espectadores.

Esta era la trama principal.

Luego se complicó.

Los guionistas de Venevisión intuyeron la posibilidad de rizar el rizo haciendo aparecer una segunda Barbarita que reclamara para sí la identidad de la niña perdida. Y la directora de cásting vio en la barbilla pequeña y los ojos como medias lunas de Dulce/Barbarita un reflejo de los rasgos de Estela Montiel, una gemela lejana.

La contrataron.

La trampa era perfecta.

Dulce/Barbarita se estrenó con el capítulo 302.

Muchos telespectadores desconfiaron de ella nada más verla cruzar el hall de los Meneses. Pasaba la mano con suavidad por los muebles y empañaba el cristal de los retratos de la pared. Andaba con la parsimonia de los aparecidos. Finalmente el señor de la casa surgió al pie de la escalera de mármol para atender aquella visita inesperada y el capítulo concluyó con Dulce/Barbarita pronunciando su primera e intensa palabra en la serie:

—Papá...

«Falsa», pensaron muchos, «tú lo que quieres es la plata». Aunque en el pueblo natal de Dulce/Barbarita todos reconocían que ella era la verdadera y que al final se haría justicia. La apoyaban hasta el final y discutían con aquellos que sostuvieran lo contrario. Que eran media Venezuela.

2×03

Poco a poco fue conociendo al grupo de actores. Le daban la bienvenida. Besos. Abrazos. Felicitaciones. Miradas de arriba a abajo y otra vez arriba. Y Dulce/Barbarita se obligaba a no mostrarse abrumada por su presencia. Eran estrellas, pero no debía rebajarse, ahora que era una estrella más en aquel firmamento de focos y paredes móviles.

Entre escenas, el elenco siempre encontraban un momento para tomar café y criticar a las maquilladoras o las frases estúpidas que habían repetido al final de un capítulo irrealmente trágico y repentino. Allá en el bar se forjó una imagen de cada uno de sus compañeros.

Andrea/Carolina era un huracán imparable, aun tomando descafeinados.

Sergio/Francisco era más jovial de lo que permitía su personaje en el bufete de abogados del plató.

Estaba también Juan/César Augusto, imposible ignorarlo. Sabía cómo irradiarse a sí mismo.

Jorge/Luis, que en la serie interpretaba a un ciego, le miraba y remiraba el escote.

Daniela/Patricia no hablaba.

Por otro lado, Estela/Barbarita resultó ser relajada y perspicaz como su personaje.

Etc.

Por entonces, el reparto era de unos treinta actores. Treinta y dos con el bebé y el chihuahua de los Meneses.

—Bueno, Dulce —dijo Juan/César Augusto—, ya sabes lo que manda la tradición...

—Por supuesto. Llegar virgen al matrimonio.

—La otra tradición. El *nuevo* invita a los demás a un buen banquete. Así nos relacionamos.

—No le hagas caso —le dijo Estela/Barbarita—. Nunca lo hemos hecho así.

—Gracias, Estela —se quejó él sin perder la sonrisa—. Ya casi caía.

Entonces Dulce/Barbarita tomó la iniciativa:

—La tradición puede empezar hoy —anunció—. Yo invito.

Le tomaron la palabra e improvisando acabaron casi todos en un restaurante de unos amigos de Robert/Aníbal. La gente no los molestaría en el reservado. Biombos de caña y un lavabo solo para ellos. Pagaría con Visa.

—Yo no tomaré vino. Pero gracias, Dulce —dijo Estela/Barbarita.

—¿Y eso?

Juan/César Augusto respondió por ella:

—Autocontrol. No quiere perder los papeles.

—En realidad —aclaró Estela/Barbarita—, es por los sulfitos.

—Los sulfitos...

—¿No acabaste el bachillerato? —desde la otra punta de la mesa, Robert/Aníbal se metió en la conversación— Los sulfitos son esos espíritus diminutos que se vinieron con los negros en las bodegas de los barcos. Tienen los ojillos inyectados en sangre y siembran el caos siempre que pueden.

—Brindemos por los sulfitos y las sulfitas —gritó alguien.

—Lo siento, pediré agua —se disculpó Estela/Barbarita—. Soy alérgica a los sulfitos.

En todo caso, se divirtieron. Y hasta rompieron un par de copas. La primera, se le cayó a Andrea/Carolina. Aplaudieron como locos. La segunda

fue cosa de Manuel/Jaime, mientras bailoteaba con unos tulipanes de mentira arrancados del centro decorativo y enredados luego en su pelo. Estaba menos borracho de lo que pudiera fingir. Precisamente fue con él con quien Dulce/Barbarita se volvió hasta su nuevo apartamento. Manuel/Jaime también era andino. La llamaba Dulce/Venganza. Solo se acostó con él esa vez. Le susurraba al oído:

—Dulce/Venganza. Un plato que se sirve frío y que usted sirve bien calentito.

Daba seguridad tenerlo cerca, allá en el plató. Toda su actividad cerebral se le bajaba hasta la cara y se hacía visible por medio de las cejas, el ancho de las fosas nasales y el ritmo del habla. Era un chico transparente. En apariencia no tenía secretos. Fue él quien le descubrió lo de las *salidas de emergencia*.

—¿Aún no sabe cuál es su salida de emergencia, mi amor?

—¿Salida de emergencia? ¿De qué me hablas?

—De salidas de emergencia, Dulce/Venganza.

—Subo a grabar en dos minutos, cuenta rapidito.

—Okey, pero le advierto que la verdad es dolorosa y que es más fácil vivir en la inopia —Manuel/Jaime se rió solo, mientras ella enrolló el guión.

—Me cuentas ya mismo o te doy.

—¿No le irá a pegar a su paisano?

—¡Cuenta!

—Muy bien —comenzó—. Salida de emergencia es un artificio de los guionistas para deshacerse de usted sin que la serie sufra. Pongamos que el día de mañana pierde un brazo en un accidente, se escapa a otra serie donde le pagan más o se casa conmigo y nos vamos de vacaciones a Miami. Cualquiera cosa que la aparte de su papel o que la haga inapropiada... Podría quedarse embarazada y quizás no les va bien a los guionistas porque contaban con revelar al público que usted es un travesti. Bastante bonita, por cierto. Ya sabe que esto del guión no está cerrado del todo y mandan las audiencias, lo que haga la competencia, las modas...

—Vuelve a empezar, porque no entiendo nada.

—Ellos en su ficha tienen una salida de emergencia para su personaje. A veces dos. Una para despedirla forever and ever y otra más abierta con opción a volver a estar en nómina. Si ya no les interesa pueden mandar su personaje a estudiar inglés a Sidney o hacerle caer por el hueco del ascensor... Lo normal es estirar la pata, porque adoran los finales trágicos, pero si piensan que la van a recuperar más adelante, simplemente la dejan en coma y al cabo de trescientos capítulos usted abre los ojos y todo es tan emocionante...

—¿Y yo cómo voy a morir?

—No lo sé.
 —¿Y tú?
 —Mi salida de emergencia son las abejas. Se supone que Jaime es alérgico. Qué casualidad que el ranchito de los Meneses esté rodeado de colmenas, ¿no?
 —Tengo que averiguar cuál es mi salida de emergencia. ¿A quién le pregunto?
 —Ellos no quieren que sepamos. Mejor se porta bien, se lee el guión, pone el piquito así y repite como un lorito.
 —¿Los demás saben su salida de emergencia?
 —Todos. ¿Por qué cree que Astrid siempre hace bromas sobre trenes? ¿Vio cómo suda el negro Robert al entrar al establo?
 —Necesito saber mi salida.
 —Pregúntele a Estela. Pero disimule.
 —¿Cómo lo sabe ella?
 —Digamos que le gustan los hombres con lentes de montura gorda.
 —¿Se acuesta con los guionistas?
 —Más bien tiene a uno que es su favorito. Con ese tira. Con los otros no. Que yo sepa...
 —Y parecía tan...
 —¿Mosquita muerta? Mi amor, cuando uno tiene la certeza de que una ambulancia se lo puede llevar por delante, se anda con más cuidado y mueve fichas.
 —Gracias, Manuel —dijo sintiendo mucha prisa.
 —¿Y mi besito?
 —Toma dos —lo besó lo más sonoramente posible—. Mañana te pica una abeja y yo no me lo perdono.

2×04

Estela/Barbarita no tuvo ningún reparo en recibirla en su camerino.

—Cierra bien la puerta —pidió mientras se quitaba una blusa del mismo granate que el brasier.

—Un pajarito me contó lo de las salidas de emergencia.

—Ya me conozco yo a los pajaritos.

Le indicó que se sentara y aprovechó para abrir un pote azul de Nivea y empezar a embadurnarse los brazos, el cuello y, un poco, el pecho.

—Hidratemos nuestra herramienta de trabajo.

—Huele bien.

—Toma.

Dulce/Barbarita aceptó la crema. Se frotó las manos y con un dedo puso un punto blanco en su nariz y en los cachetes.

—No, para la cara no uses esta. Para tu carita es mejor aquella —le alargó un tubo verde de Clinique.

Tras detenerse a observar a Dulce/Barbarita, dijo:

—Nos debemos parecer mucho porque hasta yo veo el parecido.

—Bueno, un aire sí que lo tenemos. Y el corte de pelo hace mucho.

—Sí.

—Sí.

—Veamos. Las salidas de emergencia. Acuérdate de que supuestamente no debemos saber nada.

—Seré una tumba. Pero me pica la curiosidad. Aunque me queden pocos días en esta serie, ¿podrías averiguar cuál es mi salida?

—Por supuesto.

—Muchas gracias —dijo Dulce/Barbarita—. Hablamos, entonces, y gracias por la hidratación.

—No hay de qué.

—Hasta luego.

—Dulce, espera.

—¿Sí?

—Tu salida es una explosión de gas.

—Vaya.

Calló un momento.

Y luego dijo:

—Eso parece muy caro.

—La verdad es que las salidas de emergencia suelen ser cosa del montaje. Espectaculares pero baratas. Truculentas pero baratas. No derrochan nada estos pendejos. Desde luego, la tuya es más atractiva que la mía. Me atropellará una ambulancia, ¿sabes? Es una muerte brusca, ridícula y muy poco cinematográfica.

—A lo mejor te lleva directa a Pérez Carreño y te salvas.

—Seguro —respondió Estela/Barbarita aún indignada.

—Oye, que yo voy a saltar por los aires o a quemarme viva.

—Lo siento mucho.

—Una explosión de gas. ¿En mi hotel? ¿En casa de los Meneses? ¿Me mandan a Maracaibo?

—Tanta información no la tengo. Pero aun así no sufras por la salida de emergencia. Recuerda que cuando se descubra que viniste a casa de los Meneses a beneficiarte de mi desaparición hace quince años, te esfumarás. Lo más probable es que huyas para que no te demanden. Te contrataron por un tiempcito. Supongo que contabas con ello...

—Claro. Sé que es un papel temporal. Solo vine acá a sembrar la discordia.

—Lo siento mucho.

—No te preocupes.

—Otra cosa. Celebraremos mi cumpleaños el

sábado pero tienen que venir disfrazados. La pasaremos chévere. Me gustaría presentarte a un amigo.

—Bien. Seguro que encuentro un disfraz sexy para que a tu amigo se le ponga cara de sonso.

—Me lo imagino.

Se despidieron.

Se quedó dándole vueltas al hecho que Estela/Barbarita conociera su salida de emergencia incluso antes de haberle pedido que la preguntara. En serio, se dijo a sí misma, ¿a fin de qué conoce mi salida esta perra maracucha?

2×05

Rodaron el capítulo 316. La última escena era Dulce/Barbarita y Estela/Barbarita yendo, por separado, a hacerse la prueba del ADN. El chico de iluminación, que siempre se enteraba de todo, le contó que partirían la pantalla en dos y cerrarían el capítulo simultaneando las expresiones de la pareja de barbaritas. A Dulce/Barbarita no le costó adivinar qué música (y qué grandilocuencia) acompañaría estos minutos finales de suspense... Sonó en su cabeza mientras la enfermera preparaba los bastoncillos de algodón.

Un capítulo que emitirían al cabo de un tiempo, en viernes.

Sin respuesta hasta el lunes.

Por lo menos cuarenta y ocho horas de incertidumbre. Para el público, claro. Ya que Dulce/Barbarita sí sabía que ella interpretaba a la doble. La impostora que pretendía obtener algún beneficio económico al engañar a los Meneses por un tiempo y luego largarse a Brasil. Los guionistas lo habían urdido de esa manera. Pese a todo insinuaron la posibilidad de darle continuidad en la serie. Lo estaban sopesando. Por el momento se reservaban el as en la manga y en el guión figuraba cierta tensión sexual entre Dulce/Barbarita y su *hermanito* Luis Ernesto Meneses. Quizás, al demostrarse que ella era una estafadora, el público aceptaría una relación incestuosa entre la falsa Barbarita y el heredero de los Meneses. Quizás le perdonaban la osadía. Lo estaban sopesando. Los malditos guionistas.

No obstante, para Dulce/Barbarita aquello no era una solución de ningún tipo. Nunca le gustaron los premios de consolación. Por mucho que la emparejaran con un Meneses no habría expiación para ella. Se iba a ganar el odio del público por haber mentido. Al final, en toda telenovela, los favoritos siempre son los buenotes a los que el mundo premia su humildad y honor. Es la regla de oro número uno.

Angustiada ante su futuro, su cabecita empezó

a trabajar. Ahora no podía echarse atrás. Tenía que dar con la manera de mantenerse en la teleserie. Con dignidad. Las manos de Barbarita tenían que verse limpias, por mucho que Dulce se encargara del trabajo sucio.

2×06

En menos de una hora tuvo el chispazo que encendería el plan entero. Aunque en ningún momento se sintió autora de ello. Un equipo de unos mil guionistas se habían puesto hasta el culo de café y tras cerrar el script, le habían susurrado al oído los pasos a seguir.

Comprar jeringuillas.

Comprar vino.

Comprar Chanel N°19.

Comprar las cremas.

Comprar bombones de licor.

Agarró un taxi pensando que si los bombones no surtían efecto, lo lograría con el perfume. O si no con las cremas. Se fue para la fiesta de Estela/Barbarita con una sonrisa de punta a punta de la ciudad.

2×07

Con tanta compra llegó la penúltima a la fiesta. Planeaba abrazar a Estela/Barbarita, felicitándola por el aniversario, el disfraz y el buen ambiente. Luego le entregaría el Chanel N°19 envuelto en papel amarillo con rallas verdes. Diría:

—Esto para ti, mi reina.

Y sacando los bombones, añadiría:

—Y esto para todos —levantaría una ceja—. Te pido perdón, pero ya me comí uno. No pude resistirme.

A continuación se dedicaría a disfrutar de la música, beber a sorbitos ínfimos y conocer al amigo de Estela/Barbarita sin darle pie (no fuera a seguirla a todas partes el resto de la noche). Dado que toda fiesta alcanza un punto en que la desorientación y el descontrol son máximos, se había visualizado a sí misma esperando ese momento para escapar hasta donde hubieran guardado el frasco de Chanel N°19 y, entonces sí, llenándolo de un buen vino blanco.

Este era el plan.

Y cambiar una Nivea por otra.

Y cambiar una Clinique por otra.

El plan mejoraría, simplemente, echando un vistazo al baño de Estela/Barbarita. Saldrían nuevas ideas.

Sin embargo, no contó con un imprevisto. Las

telenovelas enseñan que todos los planes marchan bien hasta que surge El Imprevisto. Es la regla de oro número dos. ¿Por qué no había anticipado que no la invitaban a una fiesta típica? Ni siquiera una típica fiesta de disfraces.

El Imprevisto.

Le abrieron la puerta. Todos se habían acercado a recibirla como si ella fuera la auténtica protagonista de aquel cumpleaños. Nada más ver a sus compañeros comprendió cuál era el problema. Y por qué razón la música estaba bajísima y todos tan quietecitos.

Vio a Estela/Barbarita con disfraz de tenista.

Sergio/Francisco con disfraz de tenista.

Andrea/Carolina con disfraz de tenista.

Juan/César Augusto con disfraz de tenista.

Wilfredo/Luis Ernesto con disfraz de tenista.

Manuel/Jaime con disfraz de tenista.

Jorge/Luis con disfraz de tenista.

Robert/Aníbal con disfraz de tenista.

Astrid/Natalia con disfraz de tenista.

...

Todo Cristo con disfraz de tenista.

...

Al besarlos, Dulce/Barbarita (minifalda blanca, muñequeras con tacto de toalla, deportivas imponentes y una chemise calculadamente desabrochada) examinó sus caras por si se diferenciaban unas de otras. Tampoco. Todas coincidían en que aquello no era divertido. Más que una fiesta se asemejaba a un velatorio donde los asistentes vistieran de blanco y exhibieran piernas bien depiladas. Alguien soltó aquello de que la realidad supera la ficción.

—Primero nos hizo gracia —se atrevió Juan/César Augusto—. Pero luego tanta coincidencia nos pareció monstruosa.

—Creíamos que era una broma de cámara oculta —dijo la anfitriona.

Dulce/Barbarita pensó rápido:

—¿Quién falta por llegar?

—Verónica y su chico.

—Aún hay esperanzas —dijo.

—La hemos llamado —la avisó Manuel/Jaime.

—¿Tenista?

—Sí.

Con aquellos ánimos, pensó Dulce/Barbarita, no ejecutaría el plan.

—¿Nadie va a subir la música? —preguntó—. Estela, ¿tienes un pareo?

Tan pronto como le consiguió un pareo, Dulce/Barbarita se quitó las medias blancas, la chemise y la falda. Llevaba brasier rosa. Se anudó el pareo verde a la cintura para cubrirse las piernas.

—Digo adiós al tenis.

Otros la imitaron y se libraron de las prendas. Estaba rompiendo el hielo, la vergüenza y el mal humor de sus compañeros. Solo así saldría para adelante el plan. Juan/César Augusto se quedó en interiores, sin problemas, marcando paquete y abdominales. Manuel/Jaime se metió un cojín bajo la camiseta:

—Bueno, yo seré un tenista embarazado.

A su vez, Estela/Barbarita se vistió en plan diosa romana gracias a una sábana y unos imperdibles, y Astrid/Natalia, que había robado unas toallas a la anfitriona y se había tapado como si saliera de la ducha, anunció a todos los presentes:

—Soy una actriz millonaria y engréida. Que nadie se cruce en mi camino. No hay tren capaz de pararme.

Así empezó la fiesta de verdad.

Se desbordó hacia las tres de la madrugada.

Y se dio por concluida hacia la una de la tarde del domingo, cuando Estela/Barbarita echó a Cristobal de su sofá y volvió a poner la pecera en la mesa del comedor. Cristobal era el amigo que presentó a Dulce/Barbarita, pero a las cuatro de la mañana ella encontró más a mano a Sergio/Francisco. Coquetearon un rato en el balconcito a vista de todos y luego, a vista de todos, se largaron juntos en su moto.

2x08

Lo que ocurrió el lunes Dulce/Barbarita lo descubrió sin necesidad de preguntar a nadie. Grabó con Wilfredo/Luis Ernesto una escena, bajo una pérgola cubierta de dondiegos, en la que ella debía mostrarse fría como si tratara de preservar su honor o algo parecido...

—Tú no eres mi hermana —Wilfredo/Luis Ernesto era el rey de las pausas dramáticas, y atraía las cámaras hacia su labio tembloroso—. Una hermana no puede ser tan bonita.

—Tengo que irme, Luis Ernesto —se limitó a contestar.

Luego, ya a espaldas de las cámaras, escuchó decir a la directora que Estela/Barbarita llegaría un poco tarde. Pero cuando se bajó a almorzar a la cafetería, encontró a Astrid/Natalia contando que Estela/Barbarita no iba a venir en todo el día. Al parecer había tenido un problema con su alergia y tenía la cara deformada por la hinchazón. Se suspendieron las escenas en las que debía participar.

Dulce/Barbarita se volvió a casa a dormir. La fiesta aún le pesaba. Pasadas las cinco, se bañó con sales, bebió jugo de durazno y llamó a Estela/Barbarita para saber cómo iba. La voz era lejana y muy fil-

trada. Mientras charlaban se la imaginó con papada, los cachetes a punto de reventar y los ojos rodeados de carne inflada, más o menos de la misma forma en que recordaba una niña de su pueblo que había nacido malformada o cuya madre había dejado caer siendo un bebé. La llamaban la Niña Elefanta.

2×09

Y el martes Estela/Barbarita vino totalmente recuperada. Saltaba a la vista. Llevaba los lentes de sol bien puestos sobre el pelo. Repitió una y otra vez que se encontraba fenomenal y dejó que las maquilladoras confirmaran que estaba simplemente maravillosa. Pudo grabar una escena. Sin embargo, después de una pausa general para arreglar una pared falsa que se había desmoronado y había roto una butaca de atrezzo, Estela/Barbarita empezó a tener problemas. La piel se le sonrosó y la cara se le fue hinchando cada vez más. Cuando el rubor ya se amorataba tuvo que desaparecer para visitar al médico. Los que no la acompañaban hasta el taxi especulaban sobre lo ocurrido. Y la compadecían.

Por su parte, Dulce/Barbarita buscó a la directora y comprobó cuán nerviosa estaba.

—No te preocupes —le dijo.

—Primero se nos desmonta la habitación de Doña Anastasia y ahora esto —la directora era una mujer grandullona con voz de hombre fumador—. Se nos va a echar el tiempo encima.

—No te preocupes. Mañana Estela vendrá puntual y espléndida como siempre. Tenemos que apoyarla y entender que está enfermita.

—Sí, claro, Dulce. No digo lo contrario. Pero estoy perdiendo la calma.

Y Dulce/Barbarita añadió:

—Hay millones de productos que no advierten del contenido de sulfitos. No es culpa de Estela. Hay tantos que es demasiado fácil equivocarse.

Fuera como fuera la mañana acabó pronto y casi todos se marcharon antes de lo habitual. Dulce/Barbarita aprovechó para ir de compras antes de pasar por casa. Se enamoró de una lamparita para el salón, y mientras pagaba en Zara un top moradito vio que Manuel/Jaime la llamaba al teléfono. Lo silenció. Aunque luego a la tarde, visto que ella ignoraba el celular, él la llamó a casa.

—No te escucho bien. Está zumbando el teléfono.

—Yo la oigo perfecto, debe fallar el suyo —explicó él—. Bueno, Dulce/Venganza, me gustaría que nos viéramos esta tarde.

—Si tiene que ver con Sergio no hay nada que hablar.

—Solo verla.

—No sé. Estoy atareada —dijo ella, casi cantando—. Las uñas, los rulos, la mascarilla... Tú sabes.

—Necesito verla.

—Déjame pensar.

—Necesito verla.

Ella miró el reloj sin responder.

—Por lo que más quiera.

—Okey. No seas Lupita. ¿Dónde pensaste?

—¿La espero en el Melissa a las siete?

Y a las siete aún no había salido de casa. Pero no se sentía agobiada y decidió andar tranquilamente hasta el café recreándose en las maniqués y las vitrinas de carteras. La calle era un enjambre de ruidos. Recordó sus primeros días en Caracas (¿habían pasado siglos?) cuando ocupaba una habitación cochambrosa y le llegaba la voz de muchos televisores distintos sintonizados en los canales más variopintos. Miró el reloj pensando en la cara de Manuel/Jaime. Y allá, en la avenida Universidad, se le cruzó una ambulancia que le dio el golpe justo para que su cuerpo cayera contra el asfalto y los lentes de sol se aplastaran bajo su cara.

FIN

victor@garciatur.com

